

JOSE  
BERGAMIN



DE  
UNA ESPAÑA  
PEREGRINA



AL-BORAK

"De una España peregrina" se titula el libro de José Bergamín, que publica la Editorial Al-Borak; peregrino es Bergamín por las tierras del exilio, desde la guerra, y aún peregrino en su patria, dice él mismo, a la que regresó en 1958 para verse forzado a salir de nuevo en 1963. Pudo volver en 1970, y desde entonces pasa algunas temporadas aquí (ahora se le está esperando otra vez). Tiene detrás una larga obra literaria, crítica siempre de todas las formas de la cultura española, incluyendo la de los toros y otras formas vivas de la expresión española. Libros como "La cabeza a pájaros", "El arte de birlibirloque" o "El pozo de la angustia" son de gran calidad, de una prosa profunda y densa. El nuevo libro de Al-Borak recoge una serie de ensayos recientes. Uno de ellos es el que, por cortesía de la editorial, publicamos aquí.

# FIJEZA Y MUDANZA DEL TOREO

**R**ECORRIENDO los tenderetes de libros viejos que hay en Madrid, cayó en mis manos un limpio ejemplar de aquella colección de libros «Renacimiento», que dirigió Martínez Sierra, y en la que tantos interesantes originales aparecieron, siendo ésta una colección de crónicas taurinas, de entrevistas con famosos toreros de la época, publicadas por el novelista y dramaturgo José López Pinillos, quien también firmaba con el seudónimo de Parmeno. Fue Parmeno novelista y dramaturgo social en el mismo sentido que hoy lo entienden, creyendo desentenderse de la literatura, algunos escritores jóvenes. Tal vez tuvieran algo que aprender en esa literatura novelesca y teatral de Parmeno estos actuales socializadores del arte. Lo que sí es cierto, a mi parecer, es que en este libro suyo de entrevistas con gentes taurinas tienen mucho que aprender los actuales aficionados a la fiesta. Yo lo fui y sigo siendo mucho —no sé si es mérito o es vicio— y he encontrado en sus páginas, por la autenticidad de sus transcripciones y el acierto plástico con que rápidamente nos describe a sus personajes, un vivo interés y una gran riqueza de experiencia sugeridora.

No suelo gustar demasiado de esa habitual literatura periodístico-taurina, con frecuencia muy estimable, pero este libro de Parmeno, **Lo que confiesan los toreros**, repito que me ha interesado vivamente. Y lo guardaré en mi reducida biblioteca al lado de otro libro taurino magistral: la «vida y hazañas» de Juan Belmonte, que escribió el gran periodista Chávez Nogales, transcribiendo con admirable exactitud todo lo que el torero le decía. Libro este al que considero ejemplar como una vida de Plutarco, y en el que encuentro páginas de tanta verdad y vida que pueden parangonarse con las mejores de nuestra mejor literatura clásica y romántica.

Este otro libro de Parmeno lleva la fecha de 1917. Fecha clave



En la Plaza de toros de San Sebastián, en la Plaza de toros de San Sebastián, en la Plaza de toros de San Sebastián.

JOSE  
BERGAMIN

en la historia contemporánea española. Y que lo fue en los anales del toreo. Los toreros entrevistados que nos hablan en estas páginas son principalmente Belmonte y los dos Gallos. Aunque también pasan por ellas Ricardo Bomba, Vicente Pastor, Martín Vázquez... y aquel don Tancredo o Tancredo López, inventor de tan asombrosas como significativas mojíngas.

Advertimos ante todo su fecha: 1917. Los primeros que en estas páginas aparecen son José y Juan: Gallito y Belmonte. En aquella fecha en su apogeo. For-

man entonces la tradicional «collera» o pareja de lidiadores rivales que apasiona a sus públicos. Y ya se inicia en ellos esa amistosa colaboración que, andando el tiempo, les hará inseparables en el toreo; y en su historia o leyenda, más aún. Como si en ellos hubiese culminado, según suele decirse, «todo el toreo». A ellos se debe —a su maestría y personalidad imborrable— lo que suele llamarse la «edad de oro» del toreo; la más alta expresión artística de su curva en el tiempo, su cima más alta. Después de ellos, nadie, nos dicen

sus entusiastas más apasionados (entre los que me cuento), parodiando al Guerra cuando lo dijo de sí mismo: «y después de nadie...», lo que decimos decadencia. Como si la historia del toreo, en línea ascendente hasta ellos dos, viniera luego, descendiendo de ellos, hasta el día. Y a mí me parece que de lo que los dos, separados y juntos, hicieron y dejaron en el toreo, no ha quedado nada, pero absolutamente nada. Si no es el recuerdo en quienes los vimos. Aquí, en las vivísimas páginas del libro de Parmeno, les oímos hablar. Tuvo singular talento Parmeno al entrevistarlos entonces, para recoger con sus palabras algunas afirmaciones esencialísimas de su vida y su arte. Subrayaré algo de lo que nos dicen (suprimiendo la ortografía fonética de su acentuación andaluza como lo hace Parmeno, con innecesario realismo imitativo a mi parecer).

El primer entrevistado es Belmonte, quien al requerimiento del escritor: «Hable un poco de su toreo, Juan...», responde: «Si no sé. ¡Palabra! Yo no sé las reglas, ni tengo reglas, ni creo en las reglas. Yo "siento" el toreo, y, sin fijarme en reglas, lo ejecuto a mi modo» (soy yo quien subraya). «Eso de los terrenos, el del bicho y el del hombre, me parece una papa. Si el matador domina al toro, todo el terreno es del matador. Y si el toro domina al matador, todo el terreno es del toro. Esa es la fija. Y lo de templar, mandar, parar y recoger, depende de los nervios del tocador y de la madera de la guitarra» (siendo yo quien subrayo). «¿Me comprende?, dice Belmonte, y añade: «Y de cuando en cuando, el toque no le disgusta a uno y no entusiasma al público» (subrayo siempre yo). Cita algún ejemplo, y al hablar de los oles y aplausos que «saca uno si se arrodiilla», añade: «Y como siempre se arrodiilla uno porque la guitarra no le deja tocar bien...». Baste al lector lo subrayado para comprender lo mucho que dicen del toreo estas breves

y certerísimas palabras. Del toreo de Belmonte. Oigamos ahora a Joselito.

Ha sido, sigue siendo, tema constante de los aficionados a la fiesta, lo del toro chico o grande. A Joselito, entonces, se le reprochaba que imponía el toro chico. «¿Le gusta a usted torear ganado chico? ¿Le exige usted toros chicos a las empresas?...», le pregunta Parmeno, añadiéndole: «Dicen que como es usted el Guerrita de ahora, hace lo que Guerrita hacía: ¿es verdad?». «¡Qué ha de ser verdad! —responde vivamente José—: esas son cosas de los enemigos que tiene uno en la afición. No es que yo baile de alegría si me sueltan un elefante, ni que yo pida elefantes... ¿Para qué voy a decir una tontería? ¡Pero pedir ratones!... Si es contraproducente, señor...». Y habla Joselito de que si le ofrecen a uno tres platos de dulce, uno muy grande, otro muy chico y otro mediano, el primero empacha, el segundo no satisface y el tercero es el que «llena sin indigestar»: «Esa es la mía —dice Joselito—: toros proporcionados, con edad, con cuernos y con tipo, que no sean montañas ni borreguetes». «¿Y si no hay toros proporcionados?», le pregunta Parmeno. Y rápido contesta José: «Entre el chico y el grande, me quedo con el grande. ¿No ve usted que el **pellgro** es igual (subrayo yo también ahora) y que con el grande hay lucimiento y con el chico irrisión?». Y cita de ejemplo una corrida de Saltillo que toreó en Salamanca: «La más difícil que me he tirao al cuerpo, la más dura, la más peligrosa», y que nos la describe así: «Seis pulgas de Saltillo que me cabían entre las piernas, sin cuerpo, sin carnes, como espátulas...». El público, indignado, de chufía, le grita: «¡Míralo con telescopio! ¡qué seis fieras te vas a cargar!». «Y yo —sigue contando Joselito— cabreadísimo, sudaba sangre y me estaba viendo con una "corná" de las gordas encima, porque cada bicharraco de aquéllos, por su poder y sus intenciones, tenía tanto que matar como seis toros». La más difícil, la más dura, la más peligrosa corrida que recordaba entonces haber lidiado José era ésta de los Saltillos, como pulgas, que le cabían entre las piernas: «Aquellos ratones, que me dieron sesenta palos y que corrían con dos estocadas en el cuerpo con la misma agilidad de los bailarines, mientras la gente se reía de mí...». Y el torero sudaba sangre.

Pregunta Parmeno al «sabio» José cómo ha aprendido a matar y a torear de capa por verónicas transformando su modo inicial de hacerlo, que tanto se le criticaba: «Mi trabajo me ha costao —contesta Joselito—, una de enrabiar, y una de fijarme, y una de ensayar... Pero como todo



Domingo Ortega.

se aprende... **Crea usted que, menos el estilo, la gracia que uno trae al mundo, se aprende todo.** Y el ejemplo que pone es verdaderamente un poema: «En Zaragoza —cuenta Joselito— le he dao a un toro ocho verónicas en una». «¿Cómo es eso?», pregunta Parmeno. «Muy sencillo —contesta José—: no dejándole ir. Le di la primera por la derecha, y al rematarla, teniendo al animal en los vuelillos del capote, bajé el brazo derecho, levanté el izquierdo, giré un poco y di la segunda, y templando y empapando repetí la suerte y así llegué a la octava. Fijese usted». Y con un pañuelo, nos dice Parmeno, torea un toro invisible diciendo: «Ve usted, la primera. Y ahora, muy templao, la segunda, y ahora, todavía más templao, la tercera, y en seguida, ¡jul!, sin miedo,

clavao, la cuarta, y después, lo mismito, con los pitones en el vientre, la quinta, y luego, duro con la sexta y la séptima, **borracho uno mismo con ese entusiasmo que da el toreo** (soy yo quien subrayo), y por fin la octava, porque el toro ya no pasó más...». Notemos que en esta estupenda descripción de Joselito, que nos parece estar viendo, nos parece también que José está toreado de capa como Belmonte. Ese entusiasmo, esa borrachera, ese temple —y ese empapar— parecen belmontinos. Y son, sin embargo, joselistas puros. Como joselista nos parecerá, años después, la maestría torera de Juan. Si Belmonte nos hubiese descrito su faena del 22 de septiembre del año 1935 en Madrid, nos parecería estar viendo torear a Joselito. Escuchando bien, mirándolas

## FIJEZA Y MUDANZA DEL TOREO

Juan Belmonte, con Rafael el Gallo y Arruza, en Sevilla, 1948.



bien —preferiría decir— estas palabras de Belmonte y Joselito, que tan exacta y vivamente reproduce el escritor Parmeno, nos damos cuenta de lo que fue para uno y otro el arte y estilo de torear. Para Joselito era éste «la gracia que cada uno trae al nacer»: un don que no se aprende. Para Belmonte era el sentimiento y su modo de expresarlo con sinceridad: para los dos, la emoción mágica del toreo, con su inteligencia y su gracia, su sentimiento y modo de decirlo haciéndolo; una emoción mágica que les emborrachaba, les entusiasmaba toreado. Esto nos lleva a escuchar también algo de lo que en ese mismo libro leemos de Rafael el Gallo. El que dijo que se le «saltaban las lágrimas a cada pase que daba», en una faena de muleta extraordinaria que hizo en Madrid a un torero de Aleas.

Recordamos ahora lo que significaba para Joselito y Belmonte el estilo. «Para mí —concluía Belmonte en su libro que dictó a Chávez en 1935—, aparte las cuestiones técnicas, lo más importante en la lidia, sean cuales fueren los términos en que el combate se plantee, es el acento personal que en ella pone el lidiador. Es decir, el estilo. El estilo es también el torero. Se torea como se es. Esto es lo importante, que la íntima emoción traspasa el juego de la lidia; que al torero, cuando termine la faena, se le salten las lágrimas o tenga esa sonrisa de beatitud, de plenitud espiritual que el hombre siente cada vez que el ejercicio de su arte, el suyo peculiar, por íntimo y humilde que sea, le hace sentir el aletazo de la Divinidad». Posesión divina o diabólica —energuménica diría Unamuno—, para Belmonte, el toreo era una fuerza espiritual hasta en su ejecución o ejercicio. Nos lo dice repetidamente en su libro y a través de toda su vida. Al final de ella daba a un aprendiz de torero su estupendo consejo: «Si quieres torear bien, olvídate que tienes cuerpo». Podría decirse con justeza, creo yo, que si Belmonte espiritualizaba el toreo por su sentimiento, Joselito lo hacía por su inteligencia, que es también gracia o don diabólico o divino.

Volvamos a Rafael el Gallo. Nos dice éste que se le saltaban las lágrimas «a cada pase que daba» al toro aquel de Aleas que mató en la vieja plaza madrileña el 15 de mayo de 1912. ¿Por sentimiento, como Juan, que, al emborracharse en sus faenas, sonreía beatíficamente? Más bien por sensibilidad extrema de la belleza o arte con que lo hacía cuando lo hacía bien. Por el gusto que le daba el hacerlo. También dio pábulo a la leyenda de su gracia torera cuando lo hacía mal. Por esto, cuando le pregunta Parmeno intencionadamente: «¿Cuáles son las reses que ha lidiado peor?», contesta una cosa



Manolete.

sorprendente: «Las que tenían mi **contraestilo**». Con esto nos afirma el Gallo algo que no nos dicen ni Belmonte ni Joselito: que el toro, aunque sea bueno o malo, puede tener un **contraestilo** del torero, que le hace a éste imposible el suyo propio y torcarlo bien. Es decir, que los toros también tienen su estilo propio. «A los toreros —nos dice el Gallo— les tocan bichos que son a propósito. ¿Se presta el toro a que el matador luzca su estilo? Pues **aunque sea un marrajo**, el matador lo dominará. ¿No se presta? Pues **aunque sea bravísimo**, el matador perderá los papeles y dará el mitin». «¿Y de esos de su **contraestilo** —le pregunta Parmeno—, le han tocado muchos?». «¡Ca —responde graciosamente Rafael—: Con media docena que me hubiesen tocado sería ahora canónigo mejor que torero». Y añade que de un **contraestilo absoluto** no le han tocado hasta entonces en su vida más que dos (uno de Miura y otro de Tovar). Sospechamos que de un **contraestilo relativo** le tocaron muchos, como a todos los demás toreros.

He aquí que esto del toro de **contraestilo** nos explica, mejor que atribuirlo al miedo o a su torpeza, el fracaso de muchos toreros en toros claros y fáciles, y el éxito con otros broncos y difíciles de lidiar; y añade a lo del toro «proporcionado» de Joselito otro sentido que lo amplía al referir su proporción al estilo propio de cada torero.

No olvidemos lo que Belmonte nos dejó dicho en su conversación con López Pinillos, lo de «la madera de la guitarra». Esto es que «lo de templar, mandar, parar y recoger (no olvidéis esto último) depende de los nervios del tocaor y de la madera de la guitarra». Yo exageré esto en mi librito del *Arte de Birlbirloque*, afirmando «que el único que templaba es el toro». Lo que me confirmaba entonces Belmonte con su inteligente ironía, diciéndome que él «empezó a templar el año de la glosopeda». Pero la verdad es que el que templaba es el tocaor, si le dejan sus nervios y, desde luego, **la madera de la guitarra**: el estilo del toro de que nos habló el Gallo.

Vemos que también para Rafael el Gallo, como para Belmonte y Joselito, el **estilo es el torero**, cuando éste encuentra el toro **proporcionado** a él; el que no tenga su **contraestilo**. Y de aquí el que pueda decirse que hay toreros **largos y cortos**, según sea su estilo, y no únicamente su sabiduría, inteligencia, sentimiento o sensibilidad, o hasta sus facultades físicas para torear. (Belmonte no las tuvo nunca, el Gallo muy pocas y Joselito excepcionales de poderosa agilidad, que no le valieron cuando le salió el

toro de su **contraestilo absoluto** y le mató.)

Estas figuras de la «edad de oro» del toreo: Joselito, Belmonte, el Gallo, nos dejaron su imagen en la memoria, al revivirlos por su recuerdo, con tres estilos diferentes, que podríamos decir que compendian o sintetizan todos los posibles en el toreo; aunque cada torero tenga, si lo tiene, su «acento propio» al torear. Un estilo de inteligencia luminosa, don divino o diabólico, gracia natural o sobrenatural, era el de Joselito; un estilo inocente, a veces pueril, de «niño grande», de niño prodigioso; un estilo infantil y creador, absolutamente inventivo siempre, que no se repite jamás —aunque lo parezca— (como el de Mozart en la música o de Lope en la poesía). Otro estilo de sentimiento oscuro, hasta a veces tenebroso; un estilo de puro corazón, que abre profundas simas abismales a lo humano; estilo de madurez de fruto, dulce al paladar, amargo en su semilla; un estilo que supera o trasciende al toreo mismo (como el de Beethoven en la música o en la poesía el Dante); tal fue el estilo ultratorero de Juan Belmonte, el único —no el mejor ni el peor—, el absolutamente inimitable. Y otro estilo de **sensibilidad**, como el de Rafael el Gallo; tal vez la raíz o semilla de todo lo que ha sido después el toreo, en su bizantina decadencia, si le añadimos el de su contemporáneo Gaona y su espléndida sucesión en el toreo mejicano. Estilo de **sensibilidad**, de sensación estética pura, que, por ello, ha ido degenerando, hasta el toreo actual, en **sensiblería** o **sensacionallismo**.

El derrotero de esa que se dice decadencia del toreo, al descender de aquella altura donde Joselito y Belmonte lo habían puesto, puede seguirse fácilmente por sus propias trazas, que lo disminuyen en su estilo o estilos —añadiendo el de Rafael el Gallo—; pues esas tres dimensiones estilísticas que le dieron esos grandes toreros creadores, por su inteligencia, su sentimiento y su sensibilidad

—esa plenitud de emoción mágica—, va, efectivamente, decayendo en el acento propio de sus seguidores (seguidores en el tiempo, no en sus ejemplares maestras), en los mejores toreros que les suceden. Cambia el nervio del toro al afinarse el animal por la evolución seleccionadora que le dirige hacia una determinada finalidad lidiable; es decir, que cambia «la madera de la guitarra» en todo lo que es, al parecer, necesario para ir descendiendo al proporcionado nivel de un toreo que se hace y se dice en esa exclusiva dirección y sentido estético predominante. Las figuras toreras de esa época, las más cercanas todavía a los tres estilos que señalamos de Belmonte, Joselito y el Gallo, se apartan definitivamente de ellos: es más, los rechazan, por desconocimiento o debilidad, iniciando tan expresamente su mudanza que empiezan casi, casi a hacer vacilar en su firmeza al toreo mismo, no ya sólo al toro. Y no es que estas admirables figuras del toreo (basta evocar algunos nombres: Chicuelo, Cagancho, Cayetano Ordóñez, Gitanillo...) hayan deformado o desfigurado el torear, es que lo desviaron de su tradición inmediata para realizarlo, si no con menos riesgo, con mucho menor fuerza y alcance en sus verdades vivas, en su firmeza originaria. Se fue así como empobreciendo y disminuyendo el arte de torear, tanto por los «nervios del tocaor» como por la «madera de la guitarra». Y poco a poco, y como sin sentir, este toreo estilizado, de aparente aflojamiento de nervios y de voluntad, como de apagamiento de sus luces, de su luminosa inteligencia (con sus manos bajas, su medio pasar al toro humillado y de perfil, para no cargar ni tender la suerte, sino para **descargarla y distenderla** de modo que no castigue al toro falto de edad y de poder), este, en suma, toreo de **capa caída** va desintegrándose, disminuyéndose hasta el **miniaturismo** en todas sus **suertes**, atentas casi exclusivamente al efectismo y no a la

expresión, por esa desintegradora realización de sus valores propios. El arte de torear llega a extremarse tanto, en este sentido, que alcanza por ese **miniaturismo** que decimos a una perfección sorprendente: Manolete, Pepe Luis Vázquez, admirables artistas del máximo refinamiento esteticista del torear, lo evidencian. Lo evidencian también, sobre todo, aquellos otros toreros que por su magistral excepción lo confirman. Primeramente, Domingo Ortega. Después, y en parte, Antonio Ordóñez y Luis Miguel Dominguín, y en todo, Antonio Bienvenida. Pero estas figuras toreras, excepcionales en su tiempo, no bastan para contrarrestar la mudanza general del toreo que se manifiesta con creciente precipitación temporal, poniendo en grave riesgo su firmeza misma (la autenticidad de sus estilos) por una especie de desproporción totalizadora que lo desfigura y lo deforma, mintiéndolo, falsificándolo; gracias a su industrialización y comercialización y socialización, cada vez más desproporcionadas. Digo totalizadora a ese desproporcionar al toro (por grande o por chico, por pesado o por leve); desproporcionando las suertes todas en sus modos de ejecución (falta de oficio), como en sus estilos y acentos propios en cada torero, que, aun teniéndolos, tiene que amoldarse a esa falsificación prefabricada del toreo, que las masas sociales y turísticas de un público ignorante imponen al negocio de las empresas taurinas.

Da pena ver a toreros nuevos que traen consigo aquella invisible **onza de oro**, que decía Lagartijo —que traen, por nacimiento, ese don, esa gracia natural, que decía Joselito, que es el estilo—, y que, con él, **slentén** el toreo de **ese modo**, diciéndolo al hacerlo con sinceridad, como quería Belmonte, sometidos, como los caballos en la suerte de varas, a una especie de invisible **peto protector**, que los enmascara y los traiciona para que sirvan a la propaganda del negocio general taurino, del cual, por descontento, son, en gran parte, económicamente beneficiados por participantes ineludibles. Siempre la mudanza de las cosas parece arriesgar la firmeza de sus fundamentos; sin que esto, en definitiva, suceda en términos de su total destrucción. Esperemos que esa maravillosa **flesta y luego** y arte del toreo no se descomponga y altere de tal modo, al socializarse en los tiempos nuevos, que desaparezca o se convierta en un lamentable y repulsivo espectáculo sensacional circense. Que sus sucesivas mudanzas no destruyan del todo los vivos fundamentos de su firmeza. ■ (Del libro *De una España peregrina*, José Bergamín. Al-Borak, 1971.)